

C

Columna

*Michel Junod*
médico veterinario

El dinero alcanza cuando no se lo roban

Por años, los chilenos nos sentíamos distintos. Nos percibíamos casi de otro continente, comparados con los niveles de violencia, extorsión y robos de algunos países de América.

Pero esto nos duró mientras éramos pobres, y tan pronto como exhibimos mejores indicadores, nos hicimos atractivos para el crimen organizado y los narcotraficantes. Lamentablemente, “nos pilló sin perros”. Estábamos acostumbrados a los robos de gallinas y, de la noche a la mañana, llegaron los secuestros y extorsiones.

Mientras todos nos escandalizábamos por este tsunami de violentistas y criminales, se fue desarrollando una cultura nacional de fraude más silenciosa, que está minando nuestra institucionalidad. Así, transitamos del robo menor de herramientas agrícolas, el hurto de artículos de oficina, herramientas y artículos de la construcción, a prácticas fraudulentas más graves, como el uso de licencias médicas falsas; el cobro de horas extras no trabajadas; la contratación de ineptos en puestos clave o la cobertura de ausencias injustificadas en el trabajo.

Así continuó la escalada de robos, pasando por la corrupción y colusión a gran escala, como la defraudación de impuestos, la asignación de sueldos por trabajos inexistentes, la contratación de asesorías falsas y el uso de fundaciones para desviar fondos públicos. En muchos casos, el robo se justifica desde la comparación: “Si otros lo hacen y no son castigados, ¿por qué no hacerlo?”. Esta mentali-

dad ha sido reforzada por la percepción de impunidad hacia los “ladrones de cuello y corbata”, o los artistas urbanos que exhiben su opulencia, muchas veces mal habida. Estos suelen evadir responsabilidades legales a pesar de sus crímenes de gran magnitud, lo que genera un debilitamiento del tejido moral y ético en ciertos segmentos de la población.

Así, el robo se ha transformado en una institución americana y tiene a muchos países de rodillas, con las manos atadas frente a la suscripción de convenios internacionales a favor del delincuente, el uso proporcional de la fuerza, la migración como un derecho y cuanta patraña más. Hoy, con tanta permisividad y diálogo, se ven preocupantes indicadores en Colombia, con el recrudecimiento de la guerrilla, o en México, donde cuatro carteles narcos se repartieron el país.

El robo, en cualquiera de sus formas, es un cáncer que debilita el progreso y la cohesión social. Enfrentar esta problemática requiere de gobiernos más fuertes y decididos, leyes más estrictas y, sobre todo, un cambio cultural que rechace la corrupción y fomente valores éticos en todos los niveles de la sociedad.

Es fundamental que los responsables sean juzgados sin distinción de clase o posición, y que en los colegios se hable de valores. Solo así será posible revertir esta tendencia y construir una sociedad más justa y equitativa, donde nos sintamos orgullosos de vivir.